



NÚMERO 827

6 DE SEPTIEMBRE DE 1915

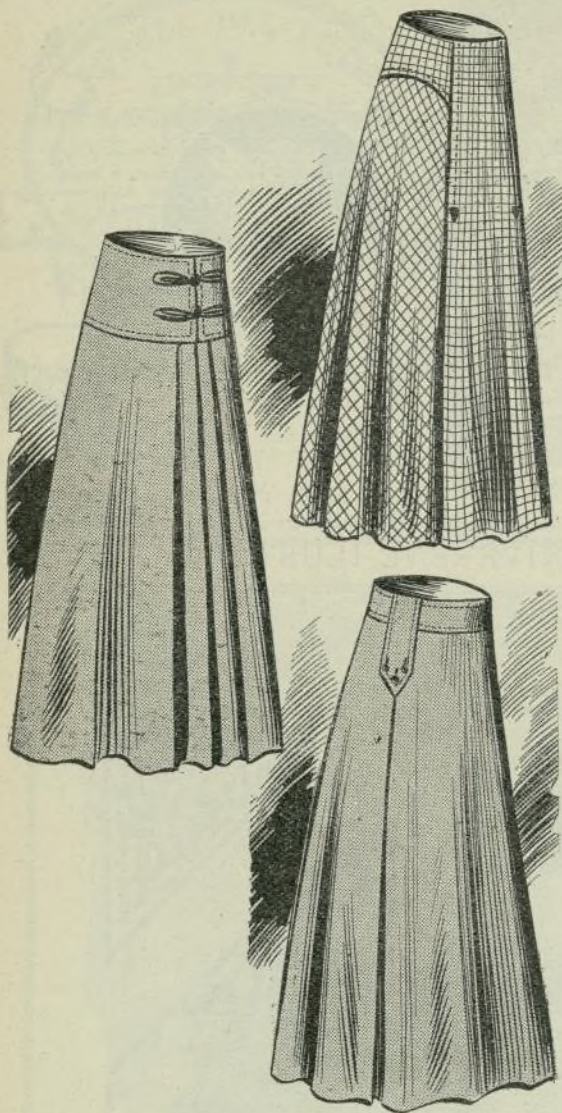
AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 y 2.—Trajes estilo sastre, de vestir

Ayuntamiento de Madrid



3 a 5.—Faldas de novedad

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — ¿Con quién casarse? — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 y 2. Trajes estilo sastre, de vestir. — 3 a 8. Faldas de novedad. — 9 a 14. Trajes para niñas. — 15 y 16. Trajes de novia y de cortejo de boda. — 17 y 18. Trajes sencillos. — 19 y 20. Elegante cubrecorsé y sus patrones.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO (Creación de Elisa Dout). — Traje para casa, de muselina de seda color de rosa muy pálido, con delantero formado con plieguecillos muy finos. Canesú y cinturón, muy bajo, de encaje recamado de plata. Falda interior de encaje muy fino. Mangas abiertas sobre el brazo, con un prendido de rosas de sedas que forman ramitos.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 y 2. TRAJES ESTILO SASTRE, DE VESTIR.

I. Traje de gabardina suave. Falda acanalada y chaqueta muy larga, anchísima en la parte inferior, y estrecha, bastante ajustada en la parte alta. Grandes bolsillos marcan el talle a ambos lados. Cuello vuelto y adorno de alamares de seda negra.

II. Traje de corte de última moda. Falda en forma y larga chaqueta con faldones en forma también; pinzas hacia los hombros y sobre las caderas. Cuello de novedad y botones de terciopelo negro.

3 a 8. FALDAS DE NOVEDAD.

I. Falda de paño liso. Canesú cerrado por delante por aplicaciones de pasamanería. Grupo de pliegues sobre el delantero.

II. Falda de tela a cuadros negros y blancos, con delantal sobre el delantero cortado al hilo: los lados de la falda están cortados en forma. Adorno de flechas de seda negra.

III. Falda de jerga lisa, con delantero y espalda lisos, y pliegues ocultos a ambos lados. Cinturón y presillas de tela adecuada, adornadas con botones de fantasía.

IV. Falda de gabardina, con canesú formando picos delante y a los lados; la falda va fruncida al canesú.

V. Falda de jerga muy fina, lisa a los lados y en la parte de detrás, con pliegues sobre el delantero sujetos por presillas. Botones de fantasía.

VI. Falda muy sencilla, de grueso cheviot de color azul marino. Pliegues formando delantal en el delantero. Canesú redondeado. Falda fruncida al canesú.

9 a 14. TRAJES PARA NIÑAS.

I. Abrigo para niña de 9 a 10 años, de grueso cheviot de color beige, muy ancho del borde y con bolsillos, abrochado con grandes botones. Cuello recto y bocamangas de terciopelo.

II. Traje de jovencita de 14 a 15 años, de lana de color claro. Falda fruncida en la parte superior. Cuerpo formando torera y peto y cuello de linón blanco.

III. Traje para jovencita de 14 a 15 años, de gruesa jerga. Falda enteramente plegada, con tirantes cruzados. Cuerpo de linón y valona plegada.

IV. Traje de tela de fantasía; la parte superior y la inferior son de tela lisa, unidas con calados hechos a máquina. Adorno de grandes botones y mangas cortas.

V. Traje de hechura de sastre para niña de 10 a 12 años, de tela a cuadros negros y blancos. Chaqueta con cuello, bocamangas y cinturón de paño blanco.

VI. Abrigo para niña de 8 a 10 años, de paño de color beige, formando pliegues sobre los hombros: delantero recto, con dos presillas que forman cinturón; solapas de seda listada y botones de paño de color beige.

15 y 16. TRAJES DE NOVIA Y DE CORTEJO DE BODA.

I. Traje de tafetán color de carne para doncella de honor. Falda muy ancha, adornada de quillas de encaje plegado formando picos en la parte superior, con lazos de terciopelo negro. Cuerpo abierto sobre una blusa de encaje plegado, adornado de lazos de terciopelo negro. Mangas muy cortas.

II. Traje de novia. Falda corta de muselina de seda, con ancho volante de punto de Inglaterra, montado formando cabecilla sujeta por una guirnalda de flores de azahar. Cuerpo con mangas largas. Larga cola de charmeuse color de marfil. Cuello de encaje y raso. Flores de azahar en el talle.

17 y 18. TRAJES SENCILLOS.

I. Traje de lana listada color de rosa antiguo y blanco. Falda muy ancha, con picos con las listas al través. Cuerpo abulsado. Cuello y puños de linón festoneado.

II. Traje de jerga azul. Falda con canesú de tafetán azul marino, adornada, así como el cuerpo, de bordados de oro. Mangas largas. Cuello de organdí, sujeto por cerezas de seda. Interior de tul blanco.

CRÓNICA DE LA MODA

Al abordar Jaime Duval, en una interesante conferencia publicada en *L'Action sociale de la femme*, la cuestión de la lectura por la mujer—dice—, se tiene la impresión de penetrar en un callejón sin salida. Entrad en una sala de baile: allí veréis ciento o ciento cincuenta jóvenes; preguntad a las madres que las acompañan si su hija ha leído... un libro cualquiera, *La laguna del diablo*, por ejemplo; en unos sitios se os reirán, tachándoos de ridículos; en otros os mirarán severamente como revolucionarios; y cualquiera que sea la opinión que emitáis, os encontraréis con respuestas que os harán vacilar, y en un asunto que parecía claro os veréis sumidos en la mayor perplejidad.

La literatura, en efecto, ha tomado por dominio preferente la pintura de los sentimientos humanos, especialmente del amor; encarnadas en tipos de todo género, las pasiones humanas se dan en espectáculo, llevadas a sus crisis más agudas, descritas en sus manifestaciones más brutales; de estas exposiciones novelescas se desprenden sistemas o retazos de filosofía que constituyen en su conjunto el monumento de la anarquía intelectual. Por otro lado, la definición de doncella implica la ignorancia de las pasiones violentas y las crudezas de la vida, así como el apartamiento de teorías abstractas para las que su espíritu no está maduro.

¿Qué solución dar al problema? La primera que se ocurre es la de suprimir la lectura, método que desde la señora de Maintenón no ha dejado de ser aplicado; pero esto es privar a las jóvenes de un placer noble y delicado, de un medio de cultura excelente, del aprendizaje de la vida en la forma pedagógica más adecuada.

Sería preciso afirmar que todos los libros son malos, para legitimar solución tan radical como la supresión de toda lectura. Fuerza es convenir en que los hay buenos, o por lo menos neutros, ni buenos ni malos; si por casualidad un día cae algún libro bueno en manos de nuestra hija, ¿no pensará, con la facilidad de generalizar que tiene la juventud, que todos los libros son buenos, y en todo caso no quedará quebrantada nuestra autoridad? Y no digamos «mi hija no leerá nada», pues eso no es posible, a menos de que no se la enseñe a leer. Convengamos en que las jóvenes no sólo pueden leer, sino que deben leer.

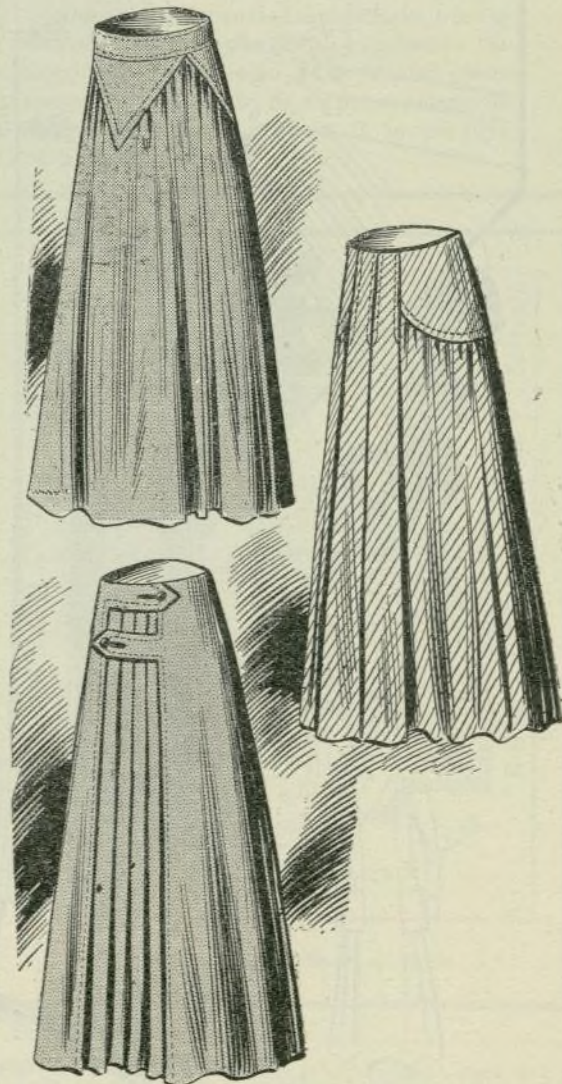
Pero ¿qué han de leer? Esta es la cuestión. Hay

libros buenos y libros malos. Todos reconocen que obras como *Nana* o *La Tierra*, de Zola, no deben ponerse en manos de doncellas, y que en cambio pueden leer sin peligro *Lealtad* o *Mandarina*, de Fleuriot. Entre estos extremos hay toda una escala de opiniones, según el punto de vista de cada cual: la moral, la religión, la belleza. Para salir del apuro se forman listas, programas de lectura para uso de las jóvenes; nada más útil que las colecciones de los libros de clase, donde se leen y releen trozos de los grandes maestros clásicos para formar el gusto.

La dificultad empieza cuando la joven entra en sociedad y se mezcla en la vida contemporánea. Hay cientos de catálogos de libros recomendables. La señora de Genlis, por ejemplo, hace en su tiempo una lista en la que supone que Adela, a los once años, ha leído la *Imitación de Cristo*, a los trece *La Princesa de Cléveris*, a los catorce *Marivaux* y a los quince *Nivelle*; a los diez y ocho, que es cuando el problema se plantea en toda su fuerza, la señora de Genlis casa a su Adela y nos deja en suspenso.

Entre los catálogos contemporáneos los hay que marcan lo que no debe leerse y lo que puede leerse. El más consultado de los primeros es el *Índice*. Consultémosle en el artículo Flaubert: prohíbe *Bovary* y *Salambó*; pero no contiene *Herodías*, y la joven que lea *Herodías* bien puede leer todo Flaubert. En Jorge Sand y Balzac prohíbe leer las historias de amor; pero todo eso es muy vago, y entre *Eugenia Grandet* y *La Prima Bette* hay diferencias capitales. De modo que el *Índice* no nos saca realmente del apuro.

El catálogo más en boga es el del abate Bethleem: «Novelas legibles y Novelas prohibidas». Entre las últimas, entran en bloque todas las del *Índice*; pero *Úrsula Mironnet*, *Eugenia Grandet* y *El primo Pons* son, según el autor, obras relativamente castas; luego incluye a los autores que deben proibirse en nombre de la moral natural, y entre ellos figura About; pero el abate advierte que en ciertas obras de About sólo hay algunas palabras de más, como en *La nariz de un notario*, *El rey de las montañas* y *El hombre de la oreja rota*. De clase en clase se llega a las novelas para jóvenes, y en medio de multitud de nombres desconocidos se ven los nombres de Fleuriot, Greville y Bousсенard, y al verlos decís:



6 a 8.—Faldas de novedad

«No pido yo consejo sobre esos libros; bien sé que a mi hija le parecen insípidos, y no puedo reconvenirla por ello.» Y tenéis razón, como la tiene el abate. En cuanto se sale de lo incoloro y lo insípido es muy difícil resolver. *Eugenia Grandet*, de Balzac, es



9 y 10.—Trajes para niñas

un buen libro para una joven apacible, fría, poco romántica y muy atareada; en cambio es un libro nocivo para una muchacha nerviosa o romántica, de sensibilidad sobreexcitada y enfermiza. Bourget ha tratado este problema en *El discípulo*, y allí se ve la acción de las lecturas en la dirección de un alma juvenil. No hay catálogo posible que regule todos los casos particulares que puedan presentarse. El problema no debe plantearse preguntando «¿qué pueden leer nuestras hijas?», sino «¿cómo hacer leer a nuestras hijas?». ¿Qué armadura moral debemos dar a las jóvenes para que sepan defenderse del mal? Todas tendrían buen sentido si nos hubiéramos preocupado de formárselo con una educación sólida y principios firmes; entonces van derechas, mejor que el hombre, a las soluciones justas, sin extravíos ni equivocaciones. No se enseña a los niños a andar teniéndolos inmóviles; claro es que los libros indecentes deben proibirse; pero en cuanto a los demás, si la joven tiene sólidos el corazón y la cabeza, bien sabe ella distinguir lo teatral de lo normal y corriente.

Enseñad a vuestras hijas a leer: para eso empezad por estudiarlas y conocerlas; otorgadles vuestra confianza y obtened la suya; ocupaos siempre de ellas: la instrucción se hace en una hora de cada día; la educación es obra de todos los momentos. Antes de poner un libro en manos de vuestra hija, leedlo vosotros mismos y obrad en consecuencia. Todo libro que dé a la joven el conocimiento de la vida y de sus deberes será útil; todo el que la aparte de su función de mujer y de madre será nocivo.

CONSEJOS ÚTILES

Uno de los reptiles venenosos más temibles es la *serpiente de cascabel*, llamada así por el ruido especial que produce con la extremidad de su cola. Este ruido, que más que el de los cas-

cabeles se parece al que ocasiona el pergamino al arrugarse, se debe a un aparato formado por varias piezas córneas que encajan unas con otras.

La especie más conocida es la *Boiquira* o *cascabella*, cuya longitud suele exceder de metro y medio. Algunos observadores aseguran que este animal avisa antes de morder, dejando oír por tres veces el ruido de su cola; pero otros afirman que el ruido sólo lo produce en el momento del ataque.

No pasa de ser una fábula el suponer que esta serpiente habita en los bosques espesos y húmedos de nuestro país. Su habitación más común está en los terrenos secos y pedregosos de la América del Sud. Y se comprende que sea así, si se tiene en cuenta que la temperatura de los reptiles varía con la de la atmósfera y que se aletargan con las bajas temperaturas. Durante el día, la *serpiente de cascabel* permanece en reposo arrollada sobre sí misma, no atacando ni mordiendo si no se la excita; pero por la noche persigue a la presa con suma agilidad.

Otros reptiles, también temibles, son la *serpiente de anteojos*, propia del Asia y llamada así por llevar sobre el fondo claro de su nuca un dibujo que semeja unos lentes; y el *áspid de Egipto* por la veneración que le tuvieron los antiguos, debida, de una parte, a su aspecto horroroso y al gran número de roedores dañinos que destruye, y de otra, a la creencia de que su mordedura producía la muerte sin dolor alguno.

Esta creencia, sin duda, debió ser la que indujo a Cleopatra a hacerse morder por un áspid, cuando, vencida por Octavio en la batalla de Accio, receló se la quería llevar a Roma para servir de escarnio a las romanas.

En nuestro país tenemos a las *víboras* que, si no temibles por la magnitud de su cuerpo, lo son por lo furiosas y la intensidad de su veneno. Son perezosas, nocturnas y viven en escondrijos bien secos y soleados, entre las piedras o entre los árboles, no siendo tampoco raro hallar algunas entre la maleza o la hierba.

En el mar existen también reptiles de veneno activo, si bien se encuentran reducidos en las aguas del golfo de Bengala, archipiélago de la Sonda y costas del Océano Índico.

El cuerpo de todos estos reptiles es cilíndrico y prolongado, sin que se note en él porción intermedia entre la cabeza y el tronco, careciendo, además, de extremidades. Su locomoción más común es la reptación, si bien todos nadan y algunos trepan, describiendo espirales en el tronco de los árboles.

Excepto en las víboras, que los hijos nacen vivos y en estado de bastarse por sí, los otros nacen de los huevos fecundados que ponen las hembras y que el calor atmosférico desarrolla. En uno y otro caso, los padres no suelen cuidarse de la prole.

Todos ellos son zoófagos, es decir, se alimentan de otros animalillos, si bien para encontrar a la presa tiene que acercárseles bastante, pues por la falta de acomodación que para las distancias tiene su vista, no ven bien los objetos lejanos, y tampoco puede guiarles el olfato por tenerlo muy grosero.

Poseen gran número de dientes cónicos y dirigidos hacia atrás en disposición adecuada para retener la presa. Dos de ellos, situados en la parte anterior de su mandíbula superior, merecen especial mención, pues, sobre ser mayores que los demás, tienen un surco en toda su longitud o bien un conducto que, partiendo de la base, termina en la punta, y que se hallan en relación con los canales excretores de dos glándulas venenosas, situadas una a cada lado de la cabeza. La magnitud de estas glándulas y la cantidad de veneno que segregan está en relación con la talla del animal.

Como todo lo que es destrucción ha sido utilizado por el



11 y 12.—Trajes para niñas

hombre en el curso de su historia, también el veneno de los reptiles lo emplearon algunos pueblos antiguos para envenenar sus armas.

El efecto de este veneno no es el mismo en todos los animales. Son más sensibles a él los de sangre caliente, influyendo, además, la edad de la serpiente, la mayor o menor excitación



13 y 14.—Trajes para niñas

del animal al morder, la estación y el lugar en que se halla, y el tiempo que media desde la última mordedura del reptil, pues obrando el veneno ponderalmente, tanto más pernicioso será su efecto cuanto mayor sea la cantidad depositada en la herida.

La mordedura de la *serpiente de cascabel* es muy terrible. A los pocos momentos de haber penetrado en la sangre la ponzoña que deposita en la herida, la parte atacada se inflama considerablemente, no tardando el mordido en verse presa de agudas convulsiones, que a veces terminan en muerte horrorosa.

Las víboras de nuestro país no tienen suficiente veneno para matar a las gentes robustas; sólo los niños y las personas enfermas pueden sucumbir a su mordedura, si se descuida por completo la herida. Sin embargo, aun en los casos favorables, produce la hinchazón del miembro atacado, seguida de fuertes dolores, que pronto ceden si se sigue un plan curativo adecuado.

Lo primero que hay que hacer a toda persona mordida por una serpiente venenosa, es localizarle el veneno, interrumpiendo la circulación venosa entre el órgano herido y el resto del organismo, atando fuertemente por encima de la herida a la parte lesionada. Después se procurará extraer la sangre envenenada, dilatando la herida por medio de una incisión, por compresiones suaves, o aplicando ventosas y también verificando encima de ella una succión con la boca. No hay en ello ningún peligro, siempre que la mucosa de la cavidad bucal esté íntegra, pues el poco veneno que teniendo cuidado puede pasar al tubo digestivo, no puede ocasionar efecto pernicioso alguno. Después podrá lavarse la boca con agua bóríca u oxigenada diluida.

Finalmente, se inyecta en el lugar de la inoculación una solución de ácido crómico al 1 por 100. A falta de este cuerpo, que es el más preconizado, se emplea también bicromato potásico, sublimado corrosivo, permanganato, potasa cáustica y ácido fénico.

Si por hallarse en el campo no se tuviese a mano ninguno de los cuerpos anteriores, se cauterizará la herida con un hierro candente, siendo preferibles los dolores de una quemadura a los efectos perniciosos que pudiera ocasionar el virus.

¿CON QUIÉN CASARSE?

Un moralista inglés dice: «No os caséis con una joven que se jacte o que confiese no amar a los ni-



15 -TRAJE DE DONCELLA DE HONOR

16.-TRAJE DE NOVIA



PL 187

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona

Gaston DROUET, Editeur Paris

Reproduction Prohibida

XXIX - 827

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Sautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas las bronquitis crónicas.*



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
-- Polvo de arroz y jaboncillo
a la "Crème Simon".

Ayuntamiento de Madrid



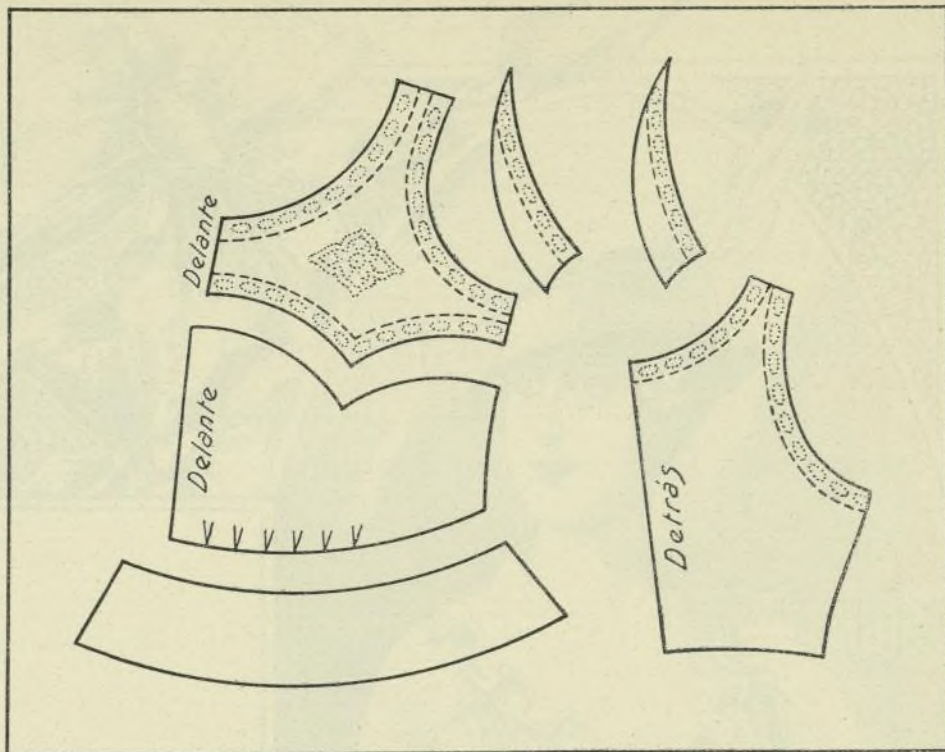


17.—TRAJE SENCILLO

18.—TRAJE DE JERGA AZUL



19.—Elegante cubrecorsé
Hecho de batista Cambrai y adornado con bordados suizos



20.—Patrones del cubrecorsé

ños; no es seguro que diga la verdad; pero en todo caso es mala señal: o es disimulada, o se conoce mal, o es un monstruo, que es lo más probable.» A esto debe añadirse, dice un escritor francés, Emilio Faguet, que hay que desconfiar también de las que afectan adorar a los niños, lo cual puede ser una comedia. La joven que ofrece probabilidades de felicidad, es la que *sorprendemos* queriendo a los niños sin la menor ostentación.

«No os caséis, añade el moralista inglés, con una feminista, con una joven que hable de los *derechos de la mujer*; no os caséis con Nora, la noruega, no sea que os deje plantados a los treinta, por irse a rehacer un alma individual, como sucede en *Casa de Muñecas*.» Si las mujeres feministas, dice Faguet, se inclinan naturalmente a apartarse del matrimonio, bueno es ayudarlas un poco; aprobemos su inclinación a la soltería y evitemos casarnos con ellas.

Otra prohibición es la de no casarse con una joven que sea hermosa; el moralista inglés desconfía de la belleza en el matrimonio; pero así como en los puntos anteriores Faguet aplaude, aquí hace sus salvedades. Claro es que reconoce los motivos en que se funda la prohibición, y así como las mujeres prefieren a los hombres feos, porque creen que siendo feos les serán fieles, en lo cual se equivocan, así los hombres deben huir de casarse con las hermosas, para correr menos riesgos de ser engañados. Esto parece muy práctico, pero es poco artístico. La mujer debe ser, si no la belleza, al menos la gracia de la casa; y no debe prohibirse a un hombre, después de andar todo el día tropezando con las fealdades de la realidad, encontrar en su casa el consuelo de la contemplación de unas líneas puras y de unos encantos agradables.

Cierto que se dice, no sin razón: ¿Quién se ocupa a los tres años de matrimonio de la cara de su mujer? Ciertamente que la belleza pasa y que la fealdad permanece, debiendo empezarse, por previsión, por lo permanente. Ciertamente que hace años, añade Faguet, yo mismo decía: «Hay en el matrimonio cuatro condiciones que pedir a la novia: la primera, el talento; la segunda, el buen carácter; la tercera, la posición, y la cuarta, la fealdad.» Pero todo eso resulta paradójico: la belleza pasa, pero algo queda de ella, aunque sólo sea el recuerdo; la fealdad subsiste, pero agravándose cada vez más. Un poco de belleza, que no sea excesiva, si queréis, no viene mal. Refresca, dulcifica y alegra, y, en el fondo, la cuestión de la belleza en el matrimonio es la cuestión del amor en el mismo; y aunque la belleza no sea su condición esencial, es por lo menos el elemento inicial, y, por consiguiente, un elemento de importancia.

El moralista inglés desconfía también de las mujeres inteligentes, poniéndonos en guardia contra esas

jóvenes «superiores» que sentirán perfecta repugnancia por los cuidados domésticos, y por su marido, hombre ordinario y útil, un desdén amable y una ironía trascendente. Faguet protesta con razón contra esa prohibición, porque ¿qué mujeres inteligentes son esas? Lo serán todo menos inteligentes; serán una Armada, una Filaminta, una Belisa, pero nunca una mujer inteligente. No hay que confundir las *intelectuales* con las *inteligentes*.

El moralista insular es, sin sospecharlo, un egoísta; el individualismo inglés penetra todas sus palabras como un veneno sutil; no piensa nunca más que en la felicidad del esposo, sólo del esposo. Claro es que no hay que pretender que el esposo se sacrifique, como no debe sacrificarse nadie si no es por la patria; pero la inglesa sólo piensa en el marido, no piensa en la raza, ni siquiera en los hijos. Con su sistema se correría el riesgo de tener una raza de esperpentos y de imbeciles.

Nietzsche se hubiera estremecido al leer los consejos del britano. «¡Cómo!, habría dicho. Si precisamente se trata de casarse con mujeres muy hermosas y de muchísimo talento para tener una raza fuerte, hermosa e inteligente, para crear superhombres; para eso es el matrimonio.» Y Nietzsche en este punto no dejaría de tener razón. Para tener hijos hermosos e inteligentes hay que casarse con una mujer que no sea fea ni tonta. Algo más de esto o menos de aquello, compensando la belleza lo que falta de inteligencia, o la inteligencia lo que falta de belleza. ¡Perfectamente! Porque ¿quién lo tiene todo? No hay que exagerar las cosas, y bueno es que la mujer con quien uno haya de vivir tenga atractivos materiales y espirituales.

Emilio Faguet termina diciendo al moralista inglés: «No queréis que nos casemos con mujeres hermosas, ni feministas ni inteligentes. Yo soy francés, soy parisiense; miro en torno mío, observo a nuestras francesas, a nuestras parisienses, y me encuentro con que todas son bellas, todas son inteligentes y todas son feministas; señor inglés, ¿con quién diablos queréis que nos casemos?»

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

—Es un guapo chico, ¿no es verdad?, dijo el señor Brunlow.

—Yo no lo sé, contestó el señor Grimwig con tono brusco.

—¿Cómo es esto?

—No, yo no lo sé: para mí todos los muchachos se parecen. No conozco más que dos clases: los flacos y delicados y los gordos.

—Y ¿en qué categoría colocáis a Oliverio?

—En la de los raquíticos. Tengo un amigo entre cuyos hijos hay uno mofetudo, con cabeza grande y redonda, mejillas coloradas y ojos brillantes: a éste llamo guapo muchacho. Sin embargo es horrible, parece que los vestidos se le van a romper por todas partes; tiene voz de piloto y come como un lobo; ¡le conozco bien a ese tuno!

—Entonces, replicó el señor Brunlow, éste no es el tipo de Oliverio Twist; así pues, no tenéis motivo para incomodaros.

—Es verdad, contestó el señor Grimwig; mas es probable que valga menos.

El señor Brunlow tosió con impaciencia, lo cual pareció causar una viva satisfacción al señor Grimwig.

—Sí, repitió, es probable que él no sea mejor; ¿de dónde viene?, ¿quién es? Él ha tenido la fiebre... ¡Y bien!, no tienen sólo la fiebre las personas buenas; los pillos la tienen también algunas veces. Yo he conocido un individuo que fué deportado a Jamaica por haber asesinado a su amo y tuvo la fiebre más de seis veces; ¿creéis que esto le volvió bueno? ¡Bahl!, ¡es la mayor bobería!

El hecho es que en el fondo de su corazón, el señor Grimwig estaba perfectamente dispuesto a admitir que el semblante de Oliverio le había inclinado en su favor, pero tenía en alto grado la costumbre de contradecirlo todo y más en aquel momento, que estaba irritado por haber encontrado en la escalera una cáscara de naranja. Resuelto a no dejarse vencer por nadie que le quisiera enseñar si un muchacho tenía el aspecto interesante o no, había tomado el partido de empezar a contradecir a su amigo desde que entró. Cuando el señor Brunlow le dijo que él no podía contestar de una manera satisfactoria a ninguna de sus preguntas, puesto que esperaba preguntar a Oliverio por su historia, en el momento en que estuviera bien restablecido para poder sufrir aquel examen, el señor Grimwig tomó un aire sarcástico y malicioso y preguntó irónicamente si el ama de gobierno tenía la costumbre de contar las alhajas cada noche, puesto que si algún día llegaban a faltar dos o tres cucharitas, apostaría que..., etc.

El señor Brunlow, a pesar de tener un carácter muy vivo, sufrió todo aquello con mucha calma, porque conocía a fondo las cualidades de su amigo.

Por otra parte, el señor Grimwig tuvo la complacencia de encontrar los *muffins* excelentes, y todo pasó amigablemente. Oliverio, que tomaba también el te con los dos amigos, empezó a temblar delante de aquel adusto anciano.

—¿Y cuándo oiremos la narración completa, detallada y verídica de la vida y de las aventuras de Oliverio Twist?, preguntó el señor Grimwig al señor Brunlow después del te, lanzando al propio tiempo sobre el muchacho una mirada de reojo.

—Mañana, replicó el señor Brunlow; prefiero que tenga la cabeza bien fuerte: así, vendréis a mi gabinete, amiguito mío, a las diez de la mañana.

—Sí, señor, contestó Oliverio.

El muchacho lo dijo vacilando un poco, porque estaba intimidado al ver que el señor Grimwig le observaba atentamente.

—¿Queréis que os diga una cosa?, dijo este último a media voz al señor Brunlow; mañana por la mañana no vendrá; yo le he visto vacilar; habéis sido engañado, amigo mío.

—Yo juraría que no, repuso el señor Brunlow con calor.

—Si no es así, dijo el señor Grimwig, apostaría... y golpeó fuertemente el suelo con su bastón.

—Juraría por mi vida que este muchacho es sincero, añadió el señor Brunlow dando un golpe en la mesa.

—¡Y yo, por mi cabeza, que es un bribón!, replicó el señor Grimwig dando un fuerte puñetazo en la misma mesa.

—Veremos, dijo el señor Brunlow reprimiendo su cólera.

—Sí, veremos, repitió el señor Grimwig con sonrisa irónica, veremos.

Quiso la casualidad que en aquel momento entrase la señora Bedwin, llevando en la mano un paquete de libros que el señor Brunlow había comprado aquella mañana en la misma librería que ha figurado ya en esta historia; lo puso sobre la mesa, y cuando se preparaba a salir del gabinete le dijo el señor Brunlow:

—Haced entrar al dependiente, señora Bedwin; tiene que llevarse una cosa.

—Ya se ha ido, señor, contestó la señora Bedwin.

—Llamadle en seguida, replicó el señor Brunlow, le necesito: ese librero no es rico y estos libros no están pagados todavía: además, debe llevarse algunos otros.

Corrió en seguida la anciana a la puerta, y haciendo salir a Oliverio por un lado de la calle y a la criada por el otro, empezaron todos a llamar al dependiente, el cual se hallaba ya muy lejos y nada oyó, volviendo la criada y Oliverio sofocados, sin haber conseguido su objeto.

—Esto me contraría, dijo el señor Brunlow; yo tenía grande empeño en que estos libros fueran satisfechos esta misma noche.

—Mandad el importe por conducto de Oliverio, dijo el señor Grimwig con tono burlón; él lo entregará escrupulosamente.

—Sí, señor, dejadme ir, contestó Oliverio, os lo suplico, yo iré volando.

El anciano había pensado no dejar salir a Oliverio bajo ningún pretexto; mas como el señor Grimwig tosió con aire malicioso, resolvió el señor Brunlow encargar esta comisión al muchacho para probar de esta manera a su amigo que sus sospechas bajo este aspecto eran infundadas.

—Pues no es necesario ir, amigo mío, dijo el señor Brunlow a Oliverio; los libros están encima de una caja al lado de mi mesa: id a buscarlos.

Oliverio, alegre de poder servir de alguna utilidad, volvió en seguida con los libros debajo del brazo y esperó con la gorra en la mano las órdenes del señor Brunlow.

—Diréis, dijo éste mirando fijamente al señor Grimwig, que lleváis estos libros de mi parte y que vais a pagar las cuatro y media guineas que le debo. He aquí un billete de cinco guineas; os devolverán diez chelines.

—No tardaré diez minutos, dijo Oliverio con viveza.

Metió el billete en su bolsillo, abrochóse la chaqueta hasta arriba, puso con cuidado los libros debajo del brazo, hizo un saludo respetuoso y salió. La señora Bedwin le acompañó hasta la puerta para indicarle el camino más corto, el nombre del librero y el de la calle, y después de haberle encargado que tuviese cuidado de no constiparse le dejó marchar.

—¡Pobre muchacho!, dijo aquella siguiéndole con los ojos: yo no quisiera, no sé por qué, perderle de vista.

En este momento Oliverio se volvió y la hizo una seña antes de dar la vuelta a la esquina de la calle; devolvióle la anciana el saludo sonriendo, cerró la puerta y entró en su cuarto.

—Veamos, dijo el señor Brunlow sacando su reloj y poniéndolo encima de la mesa, estará de regreso dentro de veinte minutos o antes; aun no habrá anochecido.

—¿Creéis formalmente que volverá?, preguntó el señor Grimwig.

—¿Dudáis vos?, repuso el señor Brunlow sonriendo.

El espíritu de contradicción atormentaba mucho en este momento al señor Grimwig, y la sonrisa de confianza de su amigo no hizo más que afirmarle en su idea.

—Sí, yo lo dudo, repitió dando un nuevo puñetazo en la mesa: el muchacho lleva sobre sus espaldas un vestido nuevo; debajo del brazo, algunos libros de valor, y en el bolsillo, un billete de cinco libras esterlinas. Él irá a dar un alegrón a sus antiguos amigos los ladrones y se burlarán de vos. Si él vuelve a poner los pies aquí, que me corten la cabeza.

Hablando así, acercó su silla a la mesa, y los dos amigos miraron fijamente el reloj guardando profundo silencio. Es necesario que hagamos notar, porque es de importancia para la mejor inteligencia, que aunque el señor Grimwig no era malo, y hubiera sentido en el alma que engañaran a su amigo, deseaba de todo corazón, en aquel momento, que Oliverio no volviera: ¡tan llena está nuestra pobre naturaleza de contradicciones!

La noche se acercó poco a poco, y ya apenas se distinguían las agujas del cuadrante, cuando todavía los dos ancianos permanecían inmóviles y silenciosos, con los ojos fijos en el reloj.

CAPITULO XV

En la sala oscura de una hedionda taberna situada en la parte más miserable de Little Saffron Hill, tenebrosa guarida donde durante el frío invierno hay siempre encendido un mechero de gas, y en la que no penetra en el verano un solo rayo de sol, hallábase sentado un hombre bebiendo cerveza y absorto en sus pensamientos. Por su traje de pana y sus botines, fácil hubiera sido reconocer en él a Guillermo Sikes. A sus pies estaba echado un perro blanco, que tan pronto miraba a su amo como se lamía una ancha y sangrienta herida que tenía en el hocico, señal inequívoca de una sangrienta lucha.

—¡Estarás quieto, tunante!, exclamó Sikes rompiendo el silencio.

Estaba sin duda tan absorto en sus reflexiones, que sólo el movimiento de los ojos del perro era suficiente para turbarlas, o bien la irritación que le causaran aquéllas le hacían tratar mal al inofensivo perro. Como quiera que sea, comenzó a jurar contra él y le dió una patada.

En general el perro jamás se venga del castigo que le aplica su amo, mas el de Sikes tenía, como su dueño, un carácter muy malo, y obligado en aquel momento por la convicción de su inocencia, se echó sin cumplidos sobre el pie que le había maltratado, hincó sus dientes en el calcetín, lo sacudió con rabia y en seguida se metió debajo de un banco para evitar el golpe del jarro de estaño que Sikes le tiró con furia a la cabeza.

—Tú querías morderme, ¡eh!, dijo Sikes cogiendo con una mano unas tenazas y abriendo con la otra y con ademán resuelto un largo cuchillo que sacó de su bolsillo: ¡aquí, tunante, aquí!; ¿me oyes?

El perro oía perfectamente, pues Sikes gritaba como un loco, pero no parecía estar dispuesto a dejarse acobardar y mordía con rabia el extremo de las tenazas, aullando más fuerte que antes.

Esta resistencia no hizo más que aumentar la cólera de Sikes, que se arrojó y empezó a atacar con furia al pobre perro. El animal saltaba de un lado a otro lado ladrando, aullando y gruñendo. Sikes juraba, golpeaba y blasfemaba, y la lucha iba a llegar al estado más crítico para alguno de los combatientes, cuando la puerta se abrió de repente y el perro salió, dejando a Guillermo Sikes con sus tenazas y cuchillo en las manos.

Para reñir es preciso que dos quieran, dice un antiguo refrán, y Sikes, incomodado con la huída del

perro, volvió toda su cólera contra el recién llegado.

—¿Por qué diablos os venís a meter entre el perro y yo?, preguntó con gesto amenazador.

—Yo lo ignoraba, amigo mío, no lo sabía, contestó el judío con voz humilde, pues era efectivamente el judío el que acababa de entrar.

—¿Vos no lo sabíais, viejo bribón?, gritó Sikes. ¿No habéis oído el ruido?

—No he oído nada; es tan cierto como os lo digo, respondió el judío.

—Es verdad, vos no oís nada, repuso Sikes con sonrisa amenazadora; os metéis por todas partes sin que se os oiga entrar ni salir. Yo hubiera deseado, Fagin, que hubieseis estado en el lugar de mi perro hace un minuto.

—¿Por qué?, preguntó el judío con sonrisa forzada.

—Porque el gobierno que protege la vida de seres tales como vos, que tienen el corazón como una piedra, permite a un hombre castigar a su placer a su perro, contestó Sikes cerrando el cuchillo de una manera expresiva; he aquí por qué.

El judío frotóse las manos, y sentándose delante de la mesa, aparentó reírse de los chistes de su amigo, a pesar de que lo cierto era que estaba muy a disgusto en su compañía.

—Id a refros al diablo, dijo Sikes tirando bruscamente las tenazas y sujetando con desdén al judío; id a refros, mas no vengáis a burlaros en mis barbas. Ahora os tengo en mi poder, Fagin, y por vida del diablo que no os soltaré.

—Bien, bien, querido, dijo el judío, lo sé todo. Nosotros..., nosotros tenemos un interés recíproco, Guillermo, un interés mutuo.

—¡Hum!, contestó Sikes, como para significar que el judío estaba más interesado que él en la cuestión; ¡y bien!, ¿qué queréis decirme?

—Todo sigue perfectamente, contestó Fagin, y he aquí vuestra parte; es mayor de la que debería ser, amigo mío; mas como sé que vos me serviréis alguna otra vez y...

—Abreviad, interrumpió el ladrón con impaciencia: veamos, venga eso pronto.

—Sí, sí, Guillermo, pero dadme tiempo, dadme tiempo, repuso el judío con tono burlón. Tomad, he aquí el paquete sano y salvo.

Al decir esto, sacó de su bolsillo un pañuelo viejo, deshizo un grueso nudo que había en una de sus puntas y dejó ver un paquetito envuelto con papel gris, que Sikes le quitó de las manos, abriéndolo en seguida, y empezó a contar los soberanos que contenía.

—¿Esto es todo?, preguntó Sikes.

—Todo, contestó el judío.

—¿No habéis abierto el paquete por la calle y escamoteado dos o tres monedas?, añadió Sikes con desconfianza. No aparentéis indignaros, pues bien sabéis que eso os ha sucedido más de una vez. Vamos, tirad del cascabel.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Caldo al minuto

En medio litro de agua hirviendo se echan cien gramos de extracto de carne o gelatina de aves o ternera: se sazona con sal y puede emplearse inmediatamente.

Gazpacho

El gazpacho cortijero andaluz se prepara machacando en una cazuela de madera un diente de ajo con una cucharadita de sal; añadir pimiento verde muy picado y continuar machacando hasta formar con todo ello pasta homogénea; agregar después pulpa de tomates crudos y machacar sin descanso hasta mezclar todo esto. Se añade luego una miga de pan (blanda) y se sigue revolviendo y majando la mezcla, a la cual se incorpora poco a poco el aceite crudo, cucharada tras cucharada. Cuando se hayan agotado las fuerzas y la paciencia del operador, ha llegado el momento de verter sobre la mezcla el agua muy fría y sazonarla con sal y vinagre, y en este líquido resultante échese la cantidad de pan que se tendrá preparada de antemano y habrá sido cortada a pellizcos (es de ritual).

Lo único que se puede añadir a este gazpacho es un pepino, pero a condición de que sea cortado paralelamente a su eje mayor, nunca en rodajas.

¡Qué plato tan sencillo, tan económico, tan rico y tan fácil de confeccionar! Ya lo dice la copla cortijera:

Jaser un gazpacho — no es cosa de sensia
es fuerza de brazos — y manepulensia.



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS REYES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDO,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT.

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO

EN ESPAÑA

POR EL ILMO. SR. DOCTOR

D. VICENTE DE LA FUENTE

Ilustrada con 22 bellísimas cromolitografías y 15 láminas grabadas en madera entresacadas de la soberbia colección que dibujó para la *Sagrada Biblia* el eminente Gustavo Doré.

Entre las cromolitografías que ilustran el segundo tomo, figuran varias con la reproducción exacta de las sagradas imágenes de *Nuestra Señora de Monserrat*, de la *del Pilar de Zaragoza*, de la de los *Desamparados de Valencia*, y otras muchas de preferente devoción en las comarcas españolas.

Dos tomos en folio ricamente encuadernados, al precio de 100 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN.-EDITORES

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

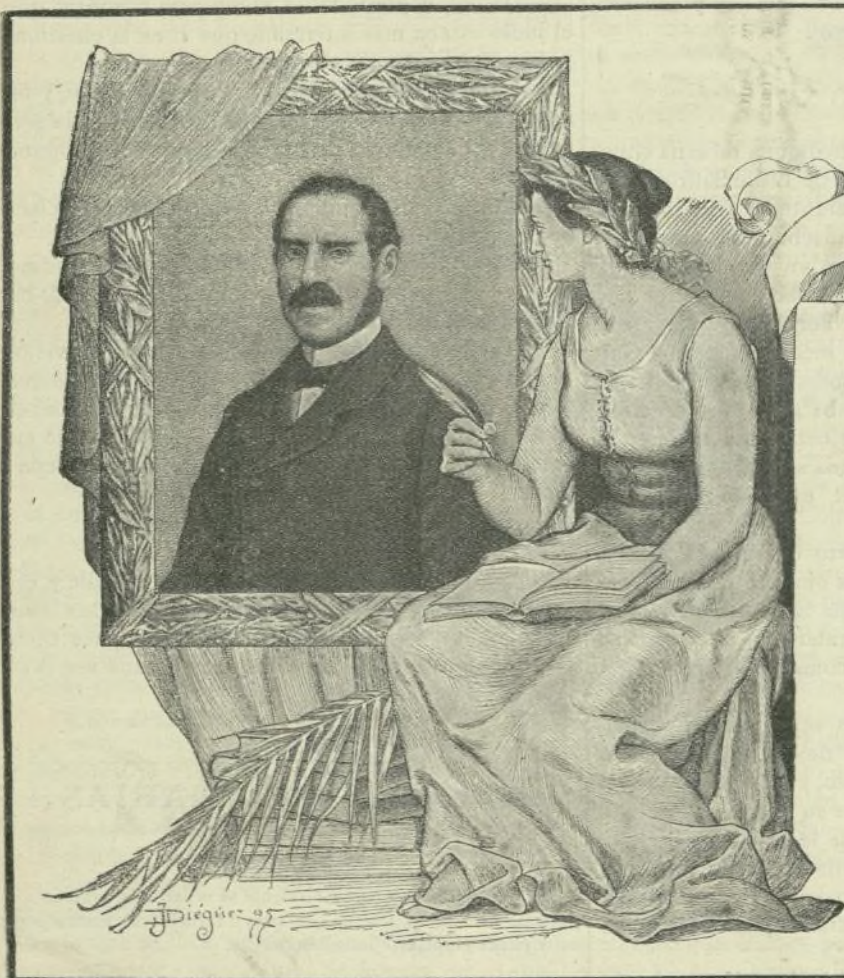
COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer.

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

ANEMIA **DEBILIDAD** **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El mas activo y económico, el unico inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. - Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. - Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

HOMENAJE AL POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo, tamaño folio, de sus bellísimas **DOLORAS**, ilustradas con numerosas viñetas intercaladas en el texto, dibujadas por los celebrados artistas **José Luis Pellicer** y **José Sala** y veintiséis preciosas láminas, impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor **José M.^a Tamburini** ejecutados expresamente para esta edición. Agotada la tirada de este libro y siendo muchos los pedidos que se reciben de esta notable edición, hemos procurado completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta, lujosamente encuadernados, al precio de 15 pesetas ejemplar.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Ayuntamiento de Madrid

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN